

Crónica Universitaria

La Ciencia francesa está de duelo

CAMILO MATIGNON

† En París el 18 de marzo de 1934

Ha sido preciso la llegada de publicaciones científicas de Francia y de Europa, en general, para saber en el Ecuador, la enorme pérdida que acaba de experimentar la República Francesa, con la muerte del ilustre Profesor Matignon.

El cable, naturalmente —y el que hace servicio en el Ecuador, en especial—, no nos ha dado cuenta de este infausto suceso. Claro, no se trataba de una «estrella de cine», de un boxeador, ni de un torero, para el mundo frívolo o deportista le importa algo.

Mas, para el espíritu científico, para todo hombre medianamente culto, no puede dejar de ser impresionante la muerte de este gran francés.

La vida y la obra de Matignon, se ajusta al pasado glorioso y abnegado de la Ciencia Francesa; es la continuación de la obra de aquel otro sabio: Marcelino Berthelot.

Y lo que el mundo debe a estos dos grandes hombres, si bien no es tan celebrado como el premio de unas carreras o el trofeo de un partido de fútbol, lo es en cambio, por haber contribuido al esclarecimiento de fenómenos científicos que, aplicados a la vida práctica, han transformado las ciencias, las

industrias y las artes, en provecho de esa misma multitud que ahora sólo tributa su aplauso al héroe efímero que surge en el «field» deportivo, político o hasta simplemente escandaloso.

Iniciase Matignon, en su carrera científica, en 1886, como alumno de la Escuela Normal Superior, de París; en ese Instituto permanece tres años y en 1889, sale de ella, para ir al lado de Marcelino Berthelot, como Preparador de la cátedra del célebre Maestro; prepara su tesis de doctorado y la presenta, en 1892, a consideración del Tribunal que, a más de aprobarla con el mayor aplauso, la designa como acreedora al premio Saintour.

Investido con el título de doctor, por el Colegio de Francia, y en mérito de sus ya relevantes dotes de sabio, atrae las miradas de la Universidad de Lille, a donde se dirige, en noviembre de 1893, para desempeñar el cargo de Maestro de Conferencias de esta misma Universidad, hasta 1897, en que es designado Profesor adjunto.

En 1898 la Sorbona, le elige también Maestro de Conferencias y al año siguiente, es decir en 1899, el Colegio de Francia le designa, a pedido del mismo Berthelot, para reemplazar a este sabio, en su cátedra.

En los años siguientes, desde 1899 hasta 1903, Matignon reparte sus actividades y su saber entre las cátedras de la Sorbona y del Colegio de Francia, hasta que en definitiva, prefiere su cátedra en el Colegio citado, que la desempeña con constancia y en forma tan eminente, hasta el 18 de marzo de este año, en que le sorprende la muerte, mientras defendía acaloradamente, los méritos de un candidato a la Academia de Ciencias, ante sus colegas profesores del Colegio de Francia.

La obra de investigación científica de Matignon, es grandiosa y variada, ya sea en el campo de la Química pura, como en el de la Química aplicada. Todavía no está recopilada y lo que ha escrito está, en parte desparramado en libros, revistas y conferencias. Deja también inéditos los resultados de sus trabajos durante los últimos años y hay que esperar que muy pronto se dará a conocer el catálogo bibliográfico de sus obras.

Como buen francés, durante la Guerra de 1914, prestó el contingente de saber, para encontrar la síntesis de los compuestos de nitrógeno que le eran necesarios a Francia para sus grandes fábricas de productos bélicos y de productos agrícolas; tuvo la gloria de encontrar esos métodos y actualmente

su Patria aprovecha sus descubrimientos, en mil formas, tan variadas como útiles.

Su actuación como Presidente de la Sociedad Química de Francia; como miembro prominente de la Sociedad de Química Industrial y de otras entidades científicas, se destaca y decisiva para el desarrollo y prestigio de cada una de ellas.

Colaborador asiduo de la famosa revista «Química e Industria», de la «Industria Química», del «Journal de Chimie et Pharmacie», de «Ciencia e Industria», de los «Anales Agronómicos», etc., etc. otorga con sus artículos, prestigio e interés a estas publicaciones.

La difusión de la Ciencia, por medio del libro no le fue extraña y así, en 1920 a la cabeza de una pléyade de sabios contemporáneos franceses, dirige la publicación de «Las Grandes Enciclopedias Industriales», cuya edición se ha seguido hasta nuestros días.

Tal es a grandes rasgos la proficua labor y la vida modesta, laboriosa y abnegada de este ilustre sabio francés que acaba de bajar a la tumba en medio de la consternación y del dolor de sus numerosísimos discípulos que oyeron con entusiasmo y veneración la enseñanza de su ciencia y guiaron sus destinos con el ejemplo de una vida austera y dedicada, sin vanaglorias, al descubrimiento de la verdad y al beneficio de sus hermanos, sin distinción de razas ni religiones.

Que estas breves líneas trazadas con el espíritu conmovido de pesar, sirvan como póstumo homenaje a la memoria de Matignon y que se sumen en último término, a los elogios que todas las Sociedades científicas de todos los Países cultos, han tributado al ilustre sabio, fallecido, reconociendo sus altísimas virtudes de ciudadano y sus méritos de sabio.

José E. Muñoz.